

El sutil arte de la sugerencia

Fernando Valls

En ese auge que está viviendo el cuento en estos últimos años, uno de los nombres que más ha destacado ha sido el de Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo, 1923). Aunque empezó a publicar en los años sesenta (su obra se compone de poesía y narraciones, en su doble modalidad de cuento y novela), no se le ha prestado atención hasta estos últimos años, y quizá al calor del éxito alcanzado por Luis Mateo Díez y José María Merino, sus paisanos. Su anterior libro de cuentos, "El síndrome de Estocolmo" (1988), que ya comentamos en estas mismas páginas (14/VII/1989), obtuvo el premio Fastenrath, que concede la Real Academia Española. Y poco después, aparecía una antología de sus relatos "Cuentos para lectores cómplices" (1989), prologada por Ricardo Gullón, su último y quizá mayor valedor.

Junto a M. Fraile, J. Ferrer-Vidal, R. Doménech, A. Martínez Mena, M. Peraile, etcétera, Antonio Pereira forma parte de ese grupo de autores que, sin desaliento, cultivaron el género del relato corto cuando no gozaba del aprecio de gran parte de los editores, del público y de la crítica.

Este último volumen de cuentos sigue en la estela del de 1988, aunque introduce la novedad de alternar los relatos con unos textos mínimos, que no acaban de alcanzar un significado suficiente como para justificar su inclusión. Hay varias ideas en estas páginas, sencillas; si se quiere, pero que me parecen fundamentales para entender la obra. La primera, la encontramos en el cuento que da título al libro, que lo podemos leer como un arte poética-en el propio entorno, por modesto que éste sea, podemos hallar los materiales para una sencilla fábula, no hay que irse más lejos, ni empeñarse en escribir una novela río. En "El narrador, inocente" se nos cuenta cómo un escritor de éxito añora el "frescor" y la "inocencia" de su antigua escritura, quejándose "de las desviaciones de su arte (...) harto de" las técnicas y de las modas". Y, por último, en "La protesta", podemos leer: "lo más importante que dice un libro no está escrito en los renglones, sino entre ellos".

Y, efectivamente, estos relatos de Pereira que están escritos en un castellano clásico, recio, con ecos del lenguaje oral, transcurren en ámbitos pequeños, locales, en una España intemporal, que pudiera ser la de hoy, pero que parece vivir en el

ayer, y están protagonizados por unos seres corrientes y molientes, pero que siempre tienen algo que contar. Son, en su mayoría, significativos fragmentos de vida (a veces, como en "Historia de monjas" y "El espejo", andan más ceca de la estampa que del cuento), escritos con sencillez, pero con leve humor y soterrada ironía, y basados en el arte de la sugerencia y de la atenuada sorpresa final. Su mayor virtud estriba en el conjunto, en el libro; pues quizás individualmente no alcance ninguno de estos cuentos una gran altura, con la excepción de "La barbera alemana", "Dalmira y los monjes" y "La espalda de Elisa", pero juntos componen y trazan un mundo que adquiere plena significación.

Pereira domina el arte de la sugerencia, compensando con maestría lo que oculta con lo que cuenta. Así, nos presenta sus historias como entrevistas, mostrándonos "sólo unos mínimos elementos, para que los lectores puedan completarlas. Técnica muy útil para los cuentos con un componente erótico o sexual, de los que hay en este volumen varias muestras.

La temática es variada. Encontramos en estas páginas personajes con gustos o conductas tan extravagantes como inofensivas, individuos que llevan una vida pacífica en el pueblo y que acaban trastornados por la aparición de, una mujer de la capital, artistas que vuelven del exilio y se aprovechan de sus paisanos, locos nostálgicos, "poetas inspirados", comerciantes complacientes, como ese tendero de "Milagros y fotocopias" que aliviaba las penas de sus clientes, enconadas disputas sobre la receta del arroz con leche o un viaje en tren como metáfora de la muerte. De lo banal a lo trascendente, Pereira domina los recursos de un género y tiene el acierto de hallar el lenguaje y el punto de vista adecuado que exigen las historias que nos quieren contar.